

CAPITULO XXIII.

Consecuencias que tuvo la acción de Villalar.—Las Germanías de Valencia.—Fuga del Virey y deplorables excesos á que se entregaron los sublevados.—Se rompen las hostilidades entre estos y los nobles.

La acción de Villalar no fue otra cosa que el lógico resultado que debían tener las torpezas cometidas por la Junta, la incapacidad de los jefes y los lamentables excesos que desde su principio tuvieron lugar.

Merced á estas causas, aquella sublevación inspirada por un motivo hasta cierto punto justificado, fue desprestigiándose y privándose del apoyo de los que al principio la favorecieron, llegando á su desenlace por medio de un golpe mas terrible todavía para las libertades castellanas que los demás que ya hasta entonces habia recibido.

Porque nosotros no juzgamos solamente á Carlos como el único verdugo de aquellas libertades; Carlos I no hizo mas que continuar en mayor escala, porque también pudo contar con mas elementos, la obra iniciada por sus antecesores, obra necesaria quizás teniendo en cuenta el orgullo y preponderancia que habia adquirido la nobleza respecto al trono, y la ceguera en que el pueblo se hallaba.

La jornada de Villalar tuvo tanta trascendencia como dos siglos antes habia tenido la de Epila, en que el aragonés Pedro IV derrotó á los federados de la Union; los resultados fueron, no obstante, diferentes. Natural del país en que reinaba, este Monarca, llevado de su genio violento, pero penetrado de respeto hácia las mismas tradiciones y los mismos fueros, contra cuyos defensores combatía, llegado el día de la victoria no se atrevió á atentar á unas ni á otros, y antes puso todo su conato en hacerles algunas modificaciones que la experiencia mostró mas adelante eran beneficiosas. Extranjero Carlos en España, no empapado de los hábitos de sus naturales ni teniendo motivo alguno para venerar unas libertades y franquicias que tal vez ni aun remotamente conocía, acabó con ellas sin consideración alguna, y mostrándose aparentemente generoso, hizo correr en los patíbulos la sangre de los vencidos comuneros, aun algunos años despues de la derrota de Villalar.

La noticia de este desastre llegó á Valladolid, y exacerbándose las pasiones, vióse la Junta expuesta á los furioses de la desmandada plebe, viéndose obligados sus individuos á dispersarse para salvar sus vidas.

Los gobernadores se dirigieron inmediatamente hácia aquel punto, y despues de ofrecer un perdon amplio para los tumultuados, con excepcion de unos cuantos de los mas caracterizados, consiguieron que les fuese franqueada la entrada sin resistencia de ningun género.

El ejemplo de Valladolid fue seguido por Toro, Zamora, Leon y Salamanca, á las que también alcanzó el indulto en los mismos términos que á la primera.

La derrota de Padilla coincidió con otra que sufrió el conde de Salvatierra en el puente de Denia, y merced á esto, tanto las merindades cuanto Medina del Campo, Avila, Soria, Cuenca y Murcia, se sujetaron á la autoridad real.

La derrota de Villalar fue, por decirlo así, la manga de agua que en breve espacio sofocó el terrible incendio que por algunos momentos amenazó consumir todo, aun cuando también debemos convenir en que, ni el movimiento habia sido general y simultáneo, ni las mismas ciudades sublevadas hicieron en favor de él todo cuanto podian hacer.

Sin embargo, aun quedó alguna chispa de la anterior hoguera, y todavía hemos de ver en Toledo flotar el pendon de las comunidades, sostenido por una esclarecida matrona, á quien el deseo de venganza prestó poderoso aliento y que dió no poco que hacer á las tropas de Carlos I.

Antes de ocuparnos de este postrer episodio, necesario nos es hablar de lo ocurrido en Valencia, donde la Germanía produjo también muchos días de luto.

El descontento en España era general. Carlos, dominado por la turba de flamencos que le acompañaba, no habia tenido fuerza bastante para desprenderse de ellos, y la nacion habia visto que ni sus quejas eran escuchadas ni sus razones atendidas.

En Aragon como en Castilla la efervescencia existía, y varias veces estuvo á punto de estallar, mas la prudencia y discrecion del Virey supo evitarlo, acudiendo con tiempo á remediar el mal antes de que tomara mayores proporciones.

No sucedió lo mismo en Valencia. El mismo Rey contribuyó con su despecho por la conducta de la nobleza á fomentar la sedición, y su concesion de poder usar armas á la Junta popular que se formó en la ciudad, y el permiso para que el pueblo se reuniese en las revistas militares, prestó alas á las clases populares, inspirando serios recelos á los nobles.

La conducta del cardenal Adriano dió mayor incentivo á aquella hoguera, y cuando quiso ponerse remedio ya el mal habia tomado excesivo incremento.

Játiva y Murviedro siguieron el ejemplo de la capital, cometiendo deplorables excesos que enconaron de una manera terrible los ánimos.

Todas las ciudades y villas del reino proclamaron la Germanía ó Hermandad, y reconocieron la Junta de los Trece establecida en Valencia.

Los nobles á su vez, nombraron veinte representantes, á los que concedieron amplios poderes para dictar cuantas providencias juzgasen convenientes para remediar el mal, y ambos partidos observándose con ira, se aprestaban para la lucha, que consideraban tan próxima como sangrienta.

La capital fue la que dió el ejemplo para la fratricida lucha, así como le habia dado antes para emanciparse, por decirlo así, de aquellos.

El motin dió principio: los gritos de *mueran los caballeros* fueron seguidos de la matanza y el saqueo, y las tropelías y los desafueros se prolongaron hasta la llegada del nuevo virey, que lo era el conde de Melito.

Pero no habia de pasar mucho tiempo sin que este se viese obligado á abandonar también la poblacion.

Cada vez mas ensoberbecido el elemento popular, tan luego como el Virey se negó á reconocer los jurados que habia nombrado la Junta de los Trece, declaróse la guerra, empeñándose la batalla en las mismas calles de la ciudad.

Ni la guardia del virey, ni los nobles que con él peleaban fueron suficientes á resistir el empuje del populaço, y el Conde hubo de abandonar la capital refugiándose en Denia, donde fueron siguiéndole despues las principales familias valencianas temerosas de los sucesos que pudieran sobrevenir.

Estos sucesos tenian lugar en julio de 1520, y en un breve espacio las mas importantes villas y ciudades del reino, como Elche, Mogente, Jérica, Segorbe, Onda, Orihuela y otras, proclamaron la Germanía, habiendo, como es consiguiente, que lamentar en muchas de ellas graves desórdenes.

Unicamente Morella permaneció fiel á la causa del Virey y de la nobleza, no queriendo prestar oídos á las sugerencias de los enviados de Valencia, que se vieron en la precision de abandonar la poblacion despechados por el mal éxito de cuantos esfuerzos habian empleado.

Mientras tanto, el desórden tomaba colosales proporciones en la capital, que se hallaba á merced de las turbas tumultuadas, siendo tales y de tal magnitud los escándalos y las tropelías que el mismo Juan Lorenzo el Cardador, que se puso en los primeros instantes al frente de las masas, sucumbió de dolor al ver su impotencia para contener tantos desmanes, que estaban manchando la causa que habian proclamado con entusiasmo.

Forzosamente todos aquellos desmanes habian de producir una exasperacion extraordinaria, no solamente á las clases que eran objeto de ellas, si que también hasta entre los mismos que de buena fe abrazaron la causa popular, puesto que habian de prever que semejante camino solamente podia conducirles al precipicio.

Quinientos hombres que habian salido de Valencia al mando de un carpintero llamado Miguel Estellés, y cuya mision era la de acudir en socorro del Maestrazgo, fueron alcanzados en el camino por el duque de Segorbe y puestos en desordenada fuga, quedando presos Estellés y sus oficiales, los que fueron ahorcados en Castellon.

A vengar semejante hecho aprestóse los valencianos llenos de ira, y al mando del conde Juan Caro púsose una hueste de cuatro mil hombres, que en vano intentó reducir el castillo de Corvera y la villa de Mogente.

En Játiva alcanzó algun mejor resultado, puesto que el castillo, que estaba en poder de la nobleza, no tuvo otro remedio que capitular, aun cuando esta capitulacion no fue muy fielmente cumplida por los vencedores.

Los de Murviedro, viéndose hostigados seriamente por el duque de Segorbe, invocaron el auxilio de los valencianos, diciendo que los moros del país se habian alzado también en favor de la nobleza, y para excitar mas el entusiasmo de la plebe mostráronles los cadáveres de dos jóvenes, cuya muerte se achacaba á los infieles.

El furor de la multitud no conoció limites, y al día siguiente salieron de Valencia unos cinco mil hombres, que con los que se les fueron reuniendo en el camino, formaron un total de siete mil.

En Almenara se hallaba el duque de Segorbe con una mitad próximamente de la fuerza que llevaban sus contrarios, componiéndose su hueste en la mayoría de los moros del país.

Con extraordinaria destreza consiguió el Duque atraer á los valencianos á la llanura, donde maniobrando hábilmente su caballería, puso en completa dispersion á los *agermanados*, que dejaron en el campo de batalla sobre dos mil hombres.

Un año hácia que Guillen Sorolla y los suyos habian quedado por dueños de Valencia con la retirada del conde de Melito, y precisamente al cabo de él, en el mismo mes de julio de 1521, sufrieron la gran derrota de que hemos hecho mérito, por las tropas acaudilladas por el de Segorbe.

De desgracia se hallaba el virey de Valencia, toda vez que, mientras aquel obtenia el triunfo mencionado, el conde de Melito tenia que retirarse vergonzosamente con grandes pérdidas ante Vicente Peris, jefe de la Germanía de Alcira, al cual habia ido á combatir



LA VIUDA DE PADILLA

CAPITULO XXIV.

Derrotas de los agermanados en el reino de Valencia.—El Encubierto.—Desastroso fin de varios de los caudillos de la Germania.—Movimientos revolucionarios en Mallorca.—La viuda de Padilla.

Por mas que la nobleza valenciana habia emprendido vigorosamente la guerra, y por mas que tuviera una gran superioridad sobre los agermanados por su mayor práctica y destreza en los negocios de la guerra, no era muy factible que pudiese triunfar, si no recibia auxilios de Castilla.

Los agermanados pululaban por todas partes; la mayoría de las villas y las ciudades habian aclamado la Germania; sus huestes eran, si no disciplinadas, numerosas y valientes; y por lo tanto, andando el tiempo, acabarian por quedar triunfantes, si antes no se trataba de cortarles el vuelo.

El desastre de Villalar y las consecuencias de él, permitieron á los regentes, que habian visto con temor las proporciones que tomaba lo de Valencia, destinar á este territorio las tropas de Andalucía, y merced á este socorro, pudo la nobleza abandonar la defensiva para tomar una ofensiva vigorosa y enérgica, que no tardó en producir sus naturales efectos.

El marqués de los Velez dió comienzo, apoderándose de Elche, Aspe, Crevillente y Alicante, libertando al mismo tiempo el castillo de Orihuela que se hallaba en grande aprieto, por el cerco que le habian puesto los agermanados, y haciendo sufrir á estos una derrota horrible, que les costó sobre cuatro mil muertos y la prision de su caudillo, que poco despues fue condenado á la infamante pena de horca.

La consecuencia de estos sucesos fue que toda aquella comarca sometióse inmediatamente, y que un movimiento de disolucion sobradamente marcado, se comenzó á advertir entre los populares.

Y prueba que la situacion en que se hallaban estos no tenia nada de satisfactoria, cuando sin grandes esfuerzos consiguió el Virey apoderarse de Valencia por medio de una capitulacion.

Efectivamente, la situacion de la capital era sumamente crítica en los momentos en que el Virey decidió aproximarse á ella para tratar de reducirla á su obediencia.

La falta de recursos en que el Gobierno de los Trece se hallaba, era causa de que reinara en el interior de la ciudad la mas espantosa anarquía.

A cada momento sublevábanse las tropas por la falta de pagas, á nadie se obedecía, la plebe se amotinaba por la cosa mas insignificante, los excesos seguian á todas estas sublevaciones, y á su vez estas se repetian con mayor frecuencia porque los reveses eran mas frecuentes tambien, y la noticia de ellos exacerbaba con mayor intensidad las populares iras.

Algunas personas sensatas, para ver si ponian coto á tamaños males, llamaron al infante D. Enrique de Aragon, mas ni la presencia de este consiguió remediar el mal, aumentando por el contrario los motines y las asonadas.

El Gobierno de los Trece, al ver semejante estado y que el Virey se encontraba cerca de la poblacion, despues de haberse apoderado de Murviedro, decidió capitular antes que exponerse á una derrota, que era segura, puesto que no contaba con fuerzas para contrarrestarle.

El dia 18 de octubre resignaron los Trece sus cargos en manos de D. Ramon de Viciano, haciendo el conde de Melito su entrada en Valencia el 1.º de noviembre.

La posesion de Valencia hizo decaer en gran manera el ánimo de los de la Germania, y aun cuando no concluyó definitivamente la guerra, sin embargo, el golpe mortal ya estaba dado.

Vicente Peris se habia marchado á Alcira, y puesto al frente de algunas masas de gente resuelta y atrevida, de acuerdo con los de Játiva, hostigaba incesantemente á los soldados reales, que apenas tenian un momento de reposo.

El Virey no pudo conseguir reducirle, á pesar de haber llevado sobre ocho mil hombres para sitiar la plaza, de la cual tuvo que levantar el cerco, no siendo mas afortunado tampoco en su tentativa respecto á Játiva.

La audacia de Peris llegó al extremo de penetrar una noche en Valencia, en 18 de febrero de 1522, consiguiendo reunir en torno suyo á varios de sus amigos, mas al saberse esta noticia, las tropas reales le cercaron por todas partes, y despues de un sangriento combate, en que hizo prodigios de valor, hubo de rendirse al capitán que mas próximo tenia.

Mas no le valió esto para libertar su vida. Su casa habia sido incendiada, la mayor parte de sus amigos estaban muertos ó prisioneros, y él al ser conducido ante el Virey, sin que le valiera el seguro de su rendicion, fue acometido por un grupo de gente armada pereciendo á sus manos.

Despues, los mismos que le asesinaron arrastraron su cadáver y le colgaron en la horca, decapitándole despues, y haciendo sufrir la misma desventurada y espantosa suerte á otros diez y nueve compañeros suyos.

Al leer las obras de aquel tiempo que se refieren á estos sucesos, horroriza el ver la multitud de vidas que se extinguieron durante este turbulento periodo, y la serie de excesos á que se entregaban lo mismo los del bando popular que los del real.

Unos y otros trataban el mismo país en que habian nacido cual si fuera país conquistado, y ambos bandos no tenian mucho que

reprocharse reciprocamente respecto á aquellas escenas de sangre y desolacion de que está sembrada toda esta época.

Pero así como la toma de Valencia no habia sido bastante eficaz para terminar la guerra que estaba destruyendo una de las mas ricas comarcas españolas, tampoco la muerte de Vicente Peris pudo conseguirlo.

Por cada caudillo que fallecia brotaban otros nuevos, y tras aquel vemos aparecer la misteriosa y extraña figura del Encubierto, que se presentó en Játiva como vengador de Peris.

Suponíase hijo del príncipe D. Juan de Castilla y de Margarita de Flandes; decia que habia sido llevado á Gibraltar despues de su nacimiento, y confiado á una pastora que le puso por nombre Enrique Enriquez de Ribera, y tanto por esta razon cuanto por su austeridad, por su valor y por el misterio de que se rodeaba, consiguió ejercer una gran influencia entre el pueblo.

Decíase que estaba predestinado por Dios para acabar con la morisma que todavía quedaba en el reino, y como sus primeros pasos fueron coronados de un feliz éxito, el entusiasmo crecia mas á cada momento por el extraño y misterioso personaje.

El Virey recurrió á un medio muy puesto en uso en aquellos tiempos, cual fue el de pregonar su cabeza, y lo que las tropas reales no habian podido conseguir, lo que en lucha franca y leal no fue posible obtener, lo alcanzó la traicion y el interés.

En el mes de mayo de 1522, en el pueblo de Burjasot, fue asesinado por dos plebeyos á quienes debió tentar el cebo del premio ofrecido.

Su cadáver fue conducido á Valencia, y de órden del Santo Oficio fue quemado.

Mas tampoco con esto terminó la guerra; las partidas sueltas pululaban por todas partes, y cada uno de los distintos caudillos de las Germanias no dejaban de dar que hacer á las tropas reales.

El movimiento popular iniciado en Castilla al grito de *Comunidad*, y en Valencia al de *Germania*, y que habia dejado percibir algun sacudimiento, aun cuando muy leve, en Aragon, extendióse tambien á las Islas Baleares.

Fruto de anteriores opresiones, de abusos no remediados y de quejas desatendidas, en todas partes se ensangrentó y en todas los excesos y atropellos contribuyeron á desacreditarle, prestando fuerza á los contrarios para herirle y dominarle.

El bonetero Juan Odon Colom, audaz y valiente, púsose al frente de los isleños, y bien pronto consiguió apoderarse de varias importantes poblaciones.

Palma fue tambien atacada por los populares, y á pesar de la resistencia que el virey D. Miguel de Juncá, ayudado por gran número de personas las mas principales les opusieron, fueron vencidos, pereciendo gran número de estas, y viéndose obligado aquel á trasladarse á Ibiza.

La guerra dió comienzo como en otros puntos de la Península y prosiguió un buen espacio, sin ofrecer ventajas positivas á uno ni otro bando, y produciendo tan solo la ruina y la mortandad de multitud de familias; triste patrimonio que siempre llevan consigo las contiendas civiles.

Sin embargo, los triunfos obtenidos en Valencia por la nobleza auxiliada por las tropas reales, desalentaron en gran manera á los rebeldes de las Baleares, y aun cuando no fue bastante para conseguir de momento su sumision, quedó ya muy allanado el camino.

Faltos de unidad todos aquellos movimientos, sin igualdad en las causas que los produjeron, y obrando aisladamente cada uno en su comarca sin un previo acuerdo, ni un convenio posterior para ayudarse reciprocamente, cuando unidos pudieran haber constituido una hoguera de colosales proporciones muy difícil de extinguir, obrando aisladamente no fueron mas que incendios parciales, que en detall y en mas ó menos tiempo, podian ser combatidos con seguridad en el resultado.

En vano fue que en Toledo, tras el desastre de Villalar, la viuda de Juan de Padilla, D.ª María Pacheco, tratase de vengar la muerte de su esposo, concitando á los toledanos á la rebelion y prestándoles aliento.

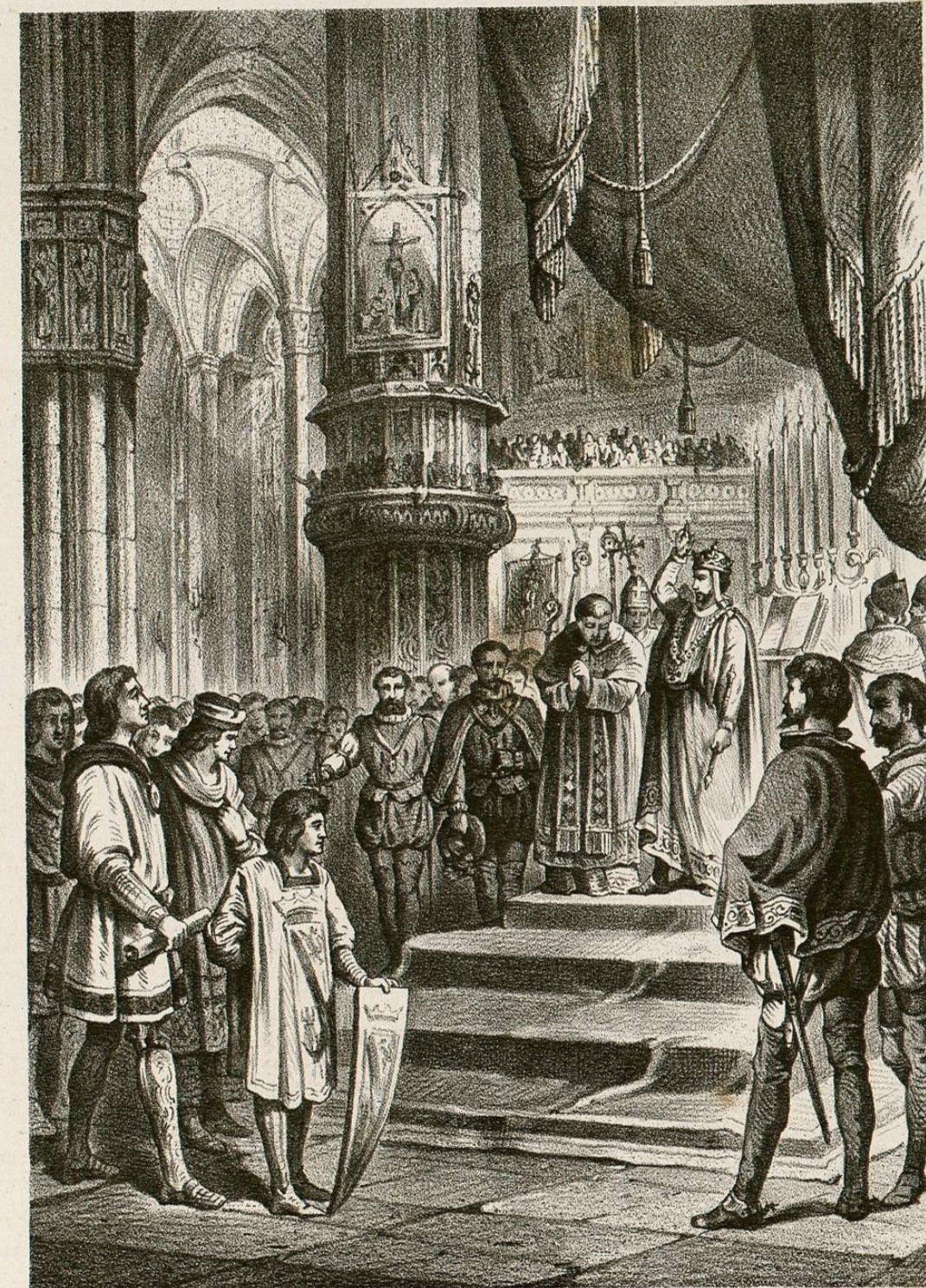
El cadáver podia ser galvanizado algunos instantes, pero su apariencia de vida habia desaparecido bien pronto.

En otro lugar hemos expuesto las causas que habian contribuido mas eficazmente para el desdichado éxito de Villalar, y no era fácil que despues de este terrible golpe pudieran remediarse los males que lo produjeran.

Circunscrito ya el movimiento á una localidad determinada, era mas fácil sofocarle por mas que en ella hubiese concentrados grandes elementos de resistencia, y por mas que la viuda de Padilla, llena de varonil esfuerzo y ansiosa de venganza, se nos presente como una gran figura en medio de esa turbulenta época.

La causa popular estaba herida mortalmente; mejor dicho, habia muerto ya, y no era posible hacerla recobrar la vida.

Como quiera que la insurreccion toledana se relacionó en gran manera con la invasion de los franceses en Navarra, ocurrida por entonces, necesario nos es ocuparnos de las causas que la produjera, que á su vez se relacionan con la estancia de Carlos en Alemania.



CORONACION DE CARLOS V EN AQUISGRAN.